



Malinalli
HISTORIA DE UNA REBELDE

Pedro Pascual Ramírez

Malinalli
HISTORIA DE UNA REBELDE



Primera edición: junio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Pascual Ramírez

© Fernando Navalón D'Frías: Diseño de portada

ISBN: 979-13-88195-84-6

ISBN digital: 979-13-88195-85-3

Depósito legal: M-15435-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Washington Daniel Gorosito Pérez
y a Eusebio Morales Fernández, dos grandísimos poetas
entre sus muchas cualidades, y también a la peña Los Pitarras,
ese grupo de amigos a los que tanto les debo.
Y también a todos aquellos que sientan la curiosidad de
conocer a esta grandiosa mujer, Malinalli, que en cualquier
país sería honrada y admirada.*

*Hay que . . .
Hay que andar por el camino
posando apenas los pies;
hay que ir por este mundo
como quien no va por él.*
AMADO NERVO

CAPÍTULO I

LA DUDA

La decisión la tenía tomada. La duda estaba en cómo realizarla. Y precisamente ese era el motivo de mi viaje a Petrer, el aclararla. Para ello había convocado un concilio decisorio formado por un grupo de amigos que habían tenido el detalle de aceptar.

Siguiendo una norma ni escrita ni acordada cuando iba a Petrer, mi amigo Luis ya estaba esperándome en la calle indicándome el hueco donde podía aparcar el coche.

Tras saludarnos dándonos un fraternal abrazo y decirle que nuestro común amigo Juan, muy a su pesar, no podía venir, emprendimos con buen paso el camino a la churrería Las Chimeneas con el fin de saciar nuestro madrugador apetito con unos crujientes churros con chocolate, a la vez que iba a servir de lugar de reunión de La Peña los Pitarras, un grupo formado por cinco amigos entre los cuales tenía la suerte de estar yo.

Al acercarnos, ya vimos sentado a uno de sus integrantes, un buen elemento llamado Fernando que ya había dispuesto cinco sillas circundando dos pequeñas mesas pensando, sabiamente, en los que íbamos a ser.

—Buenos días, don Fernando, ¿qué tal está usted?

—Pues, casi tan bien como vos, don Pedro. Lo digo por vuestro jovial aspecto.

—Me honráis —le contesté al tiempo que tomaba asiento.

—Ya solo faltan dos —dice Luis, sentándose también, después de darse un cordial abrazo.

—Uno —retrucó Fernando—. Por ahí viene Ernesto —anuncia señalándolo con el dedo.

—Entonces únicamente falta Francés, que, como siempre, será el último, pero no tardará en llegar —termina Luis tratándolo de justificar.

Al tiempo que llegaba Ernesto, nos saludaba y se sentaba, arribaba la camarera:

—Buenos días. ¿Qué desean los señores? —pregunta solícita al tiempo que esboza una linda sonrisa.

—Nueve churros, uno con porra, y cuatro tazas medianas de chocolate —se erige en portavoz Luis.

—Uno de los chocolates sin azúcar, por favor —apunté yo.

La joven me miró, me sonrió y se marchó, y yo supe que mi chocolate vendría con azúcar.

A tiempo que volvía de nuevo la camarera y posaba la fuente repleta de churros encima de la mesa, hacía su aparición el pitarra que faltaba:

—Buenos días, señores. Más vale llegar tarde que nunca —clamó Francés al tiempo que, sentándose, anunciaba—: A mí, señorita, me traeréis un par de churros y un café con leche —dijo agarrando uno de la fuente, dándole un bocado.

No era habitual que Los Pitarras nos juntáramos a primera hora y sí a lo largo de la mañana para ir a comer, pero aquel día era muy especial, pues quería que tomaran una decisión que solo a mí concernía, referente a la forma de hacer un viaje que ya tenía decidido.

—Bueno, Pedro, ya estamos todos, ¿nos dirás ahora para qué nos has convocado? —empieza Fernando no pudiendo contener más su curiosidad.

—Creo que será más oportuno dejarlo para después de dar cuenta del contenido de esta fuente tan apetitosa. ¿No crees, Pedro?

—No solamente lo creo, Luis, sino que lo agradezco —opiné al tiempo que tomaba otro churro y le daba un placentero bocado.

Una vez que la bandeja quedó vacía y la gentil camarera se aprestaba a limpiar la mesa, Francés observa:

—¿Y por qué antes de empezar con la dialéctica no pedimos algo para entonarnos un poco más si cabe?

—Me parece perfecto. A mí, señorita, me trae un café, por favor —se adelanta Ernesto.

—A mí un carajillo —secunda Francés.

—Ya puestos, a mí otro, pero quemado —se apunta Luis.

—Para no desentonar, otro quemado para mí, pero de ron —pide Fernando.

Y yo, no queriendo ser menos, pido un café descafeinado.

Una vez puestos todos de acuerdo, al pedir cada uno lo que le vino en gana, fue Fernando el que acució de nuevo:

—Bueno, Pedro, creo que es llegado el momento que nos expliqués a qué se debe este concilio tan misterioso y agradable.

La curiosidad de todos se manifiesta con un ligero asentimiento de cabeza y una sonrisa.

Yo también sonrío y, apoyando los brazos en el borde de la mesa, empiezo a decir:

—De sobra sabéis de mi afición e inquietud por la vida y obra de Hernán Cortés, hasta el punto que he escrito una novela que, de tan larga y siguiendo los consejos de la editorial, la he transformado en trilogía, que por cierto ya la tengo casi terminada. . .

—¿Y...? ¿Dónde está la cuestión? ¿Porque no pretenderás que la acabemos nosotros? —me interrumpe Francés, que también es escritor.

A las risas de todos añadí la mía, y, cuando iba a responder, se presentó de nuevo la camarera con la bandeja llena de cafés, cada uno distinto, posándola encima de la mesa para, una vez identificados, cada uno coger el suyo.

Tras dar unos sorbos, logro reanudar la conversación:

—Ni mucho menos, Francés, no se trata de eso, aunque estoy seguro que, de hacerlo, lo harías mejor que yo. Bien, pongámonos serios. Como todos sabéis, gozo de una entrañable amistad episto-

lar con un ilustre personaje de allende los mares creada y mantenida a base de continuos correos con sus correspondientes adjuntos, los cuales leo y comento con sumo placer en correos que yo envío a mi vez. Este ilustre personaje, digo lo de ilustre porque lo es, se llama Daniel y, aparte de dedicarse a la docencia en la Universidad, es un galardonado poeta. Ah, y también es un buen amigo de Luis.

—Así es —corroborra el aludido.

—Bien, a lo que voy. Este insigne personaje, que como bien he dicho es un premiado y reconocido poeta, está al corriente de todo lo que he escrito, siendo el culpable, en el buen sentido lo digo, de que haya dejado aparcado lo que estaba escribiendo, la trilogía de *Yo México*, y comience a escribir, con prisas, un nuevo libro.

»Y digo culpable al tiempo que le agradezco que me haya obligado, sin saberlo, a tomar esta decisión causada por los adjuntos recibidos en sus correos correspondientes a periódicos y revistas, así como libros en PDF, entre ellos, *La Malinche, sus padres y sus hijos*, en el que la ensayista Margo Glantz actúa como coordinadora y autora, siendo casi todos relativos al malinchismo, encontrando en su mayoría tanta inconcreción, mentiras y tergiversación que me he sentido en la obligación de intentar escribir un libro reivindicador sobre la verdadera historia de la que, erróneamente o con mala intención, llaman la Malinche.

—¡No jodas, Pedro! ¿Y para eso nos reúnes?

—Sosíégate, Fernando, si ese fuera la razón, tendríais motivos suficientes para molestaros, pero si me dejas terminar, comprenderéis por qué os he pedido el favor de reunirnos.

—Vale pues —interviene Luis—, continúa. ¿Y sobre qué quieres escribir?

—¡Sobre el malinchismo! —aclaré.

—¡¡Malinchismo!! ¿Qué coño es eso? —exclama Francés.

—Esa misma sorpresa que manifiestas me la llevé yo cuando lo oí por primera vez, y más aún cuando supe su significado.

—¿Y es...? —quiso saber Ernesto.

—Según el diccionario de La Real Academia de la Lengua Española, «actitud de quien muestra apoyo a lo extranjero con menosprecio de lo propio».

—¿Y sobre eso quieres escribir? —intervino de nuevo Ernesto mostrándose sorprendido—. Aquí en España hay muchos que piensan así, aunque no empleen ese nombre que para ti parece tan ofensivo.

—Injusto diría yo. Pero tenéis que dejarme que os lo explique, para después deciros el motivo de haber provocado esta reunión.

Tras la nueva conformidad de todos, prosigo:

—Aunque su invención es relativamente reciente, su origen deriva de la toma de Tenochtitlan, la capital del imperio azteca por Hernán Cortés. Esta hazaña no la hubiese logrado el extremeño sin la invaluable acción individual de una joven india nacida princesa y vendida como esclava de muy niña, sin tan siquiera haber aprendido a vivir. Su nombre era Malinalli, que en nahuatl bien podría traducirse como ‘flor en la hierba’, y le fue entregada a los españoles, junto con otras esclavas, como presente y reconocimiento de su victoria en una batalla contra los mayas.

»Esta joven esclava, cuyas continuas vicisitudes de desgracias y sufrimientos la habían dotado de una capacidad de resiliencia tal que al poco tiempo de estar con los españoles ya había logrado que estos la llamaran doña, doña Marina, por sus logros haciendo de intérprete de Cortés para hablar y convencer a todas las naciones sometidas al tiránico imperio azteca utilizando para ello su palabra y dotes de convicción, palabra que causaba mucha sorpresa e incredulidad entre los aborígenes esclavizados cuando veían que los españoles eran apenas trescientos, logrando, a pesar de ello, convencerlos para que lucharan a su lado, convirtiéndose así en la libertadora de tantos pueblos.

—Algo sabemos de todo eso, Pedro, pero para explicarlo ¿no podrías emplear menos palabras? Piensa que tenemos camino por hacer.

—Lo que tú digas, Luis, lo que tú digas. Haces bien en darme prisa porque en estos temas me enrolló. Resumen: como bien dice

el catedrático, escritor, investigador y cronista mexicano Torruco Saravia: «Es tiempo de quitar a doña Marina el estigma de traidora, de seguirla tomando como el chivo expiatorio de la conquista». Y yo, amigos míos, no solamente me sumo a ello, sino que la considero como un ejemplo de rebeldía contra los imperios dictatoriales, mezclado con un acto de venganza contra los que hicieron de su vida una desgracia cuando todavía era una niña, llevando su recuerdo la impronta del heroísmo y el valor.

»Ahora viene lo realmente increíble e ignominioso: durante más de 300 años, incluso después de separarse de España, dejando de ser la Nueva España y pasar a llamarse México, se la estuvo admirando como una mujer ejemplar, hasta que, pasados unos años después de la alevosa invasión de los Estados Unidos, por la que México llegó a perder más de la mitad de su territorio, llegaron al poder, allá por los años de 1860, unos políticos sin escrúpulos ansiosos de inventarse un enemigo que no les pudiera hacer daño y al que poder echarle la culpa de sus desgracias e incompetencias. Fue cuando uno de ellos, después de haber leído una novela titulada *Xicotencatl*, editada por primera vez en Filadelfia, Estados Unidos, en el año de 1826 y que trata del paso de los españoles por Tlaxcala camino de la conquista de Tenochtitlan, tuvo la «feliz» idea del malinchismo, que, una vez expuesta, fue aplaudida y coreada por todos sus compañeros. Era una ocasión única para lanzar, amparados en ella, un manto de mentiras e ignominias que nada tenía que ver con la realidad. Mentiras que no solamente perduran en la actualidad, sino que van en continuo aumento, pues la teatralidad y el engaño son las mejores armas para disfrazar la verdad.

»En casa tengo esa novela y la he leído detenidamente, resultándome increíble que ese escrito sea la principal base del malinchismo. Basta ver el concepto que tenían sobre esta mujer, Malinalli, contemplando los códices indígenas de la época, así como la opinión del emperador azteca Moctezuma Xocoyotzin, para comprender que el libro está basado en burdas mentiras o en absoluta ignorancia, motivo por el cual me imagino que el autor no quiso,

en el último momento, que su nombre apareciera en la portada, siendo por tanto un libro de autor anónimo. Es curioso que en su primera edición el título fuera *Jicotencatl*, para años después modificarlo y pasar a titularse *Xicotencatl*.

»También se comenta, y mucho, que la Malinche fue un personaje muy controvertido en la historia de México, pero España no puede irse de rositas en esta cuestión, pues, como novohispana que era, se debería decir que fue un destacado personaje en la historia de España. A México todavía le faltaban 300 años para nacer. Qué bonita quedaría su figura acompañando a la de Hernán Cortés en Medellín.

»Bien, amigos —casi exclamo dándome un respiro—, nunca es tarde para rehabilitar el recuerdo de esa gran mujer, pues no existe olor más desagradable que el de la mendacidad. Los convencidos y engañados necesitan ver o al menos oír cosas verdaderas para desenmascarar o desenterrar todo lo que de forma tan mal intencionada les han inculcado, ya que, para algunos desaprensivos, la ignorancia es una bendición.

—Está claro que has recogido mucha información.

—Es que me he vuelto muy cotilla, Francés. He leído muchos libros sobre el tema, más de los que podéis imaginar, y ya no quiero leer más, mentir es un verbo que conoce mucha gente y hay quien lo usa para escribir. Ahora quiero averiguar.

—¿Y cómo? —preguntó alguien.

—¿Cómo? Viajando en el tiempo —respondo.

—¡No me jodas! —exclama uno.

—¿Has perdido la chaveta? —pregunta otro.

—No les hagas caso, Pedro, yo te acompaño.

—Gracias, Fernando, pero tengo que ir solo.

—Pues nada, chaval, cálzate tus sandalias aladas y a volar.

—¿De verdad crees que la mente puede viajar en el tiempo? —pregunta con expresión incrédula Ernesto.

—Hacia el futuro no sé, pero. . .

—¿Y cómo lo piensas hacer? —Es Luis el que pregunta con semblante serio, tratando de poner orden en aquel carajal.

—No es conversar con el más allá lo que pretendo. Y es ahí donde está el motivo de la reunión —digo quedando callado para, de inmediato, proseguir—. A veces, se me mete algo en la cabeza y entonces solo me queda convencerme a mí mismo.

—¿Puedes hablar más claro?

Tras mirar a los cuatro, respondo:

—Malinalli es una mujer que amerita luchar por ella. Además de lo ya dicho, añadiré que tenía un don que pocos le han querido reconocer, ni tan siquiera Hernán Cortés, que únicamente la nombra dos veces en sus *Cartas de Relación* sobre la conquista de Méjico, describiéndola únicamente como «la lengua», pero que interiormente sabía de su valor y magnificencia. Únicamente se lo reconocieron y lo hicieron público los pueblos indígenas, incluso el azteca, y la confirmación es como la dibujan en sus códices sobresaliendo su figura por encima de todos, incluidos sus propios caudillos y el mismísimo Hernán Cortés. Y ahora aprovecho para repetir lo que antes he dicho y que nadie quiere decir y creo que ni tan siquiera pensar, y es que Malinalli, antes de ser mexicana fue española durante más de 300 años, por lo que nunca pudo ser traidora.

—Una sorprendente deducción que seguro está cargada de razón —sonríe Luis—. ¿Y ahora qué pretendes, cambiar el pasado?

—El pasado está grabado y no lo puedes intervenir, pero sí saber cómo ocurrió, y yo quiero parafrasear no los escritos, sino las verdaderas situaciones y momentos vividos. Entre el nacimiento y la muerte queda el recuerdo, y es al que quiero llegar para saber la verdad.

—Cuando se quieren emprender acciones como las que estás describiendo, el diablo se pone en un rincón a contemplar —suelta Ernesto sonriendo.

—En estos momentos no tengo inconveniente en cabalgar a hombros del mismísimo demonio.

—Pero ¿por qué ese empeño, Pedro?

—No me preguntes lo que no sé, pues, aunque quiera, no te puedo responder más de lo que he dicho.

—¿Sabes que lo que estás diciendo te puede costar la vida?

—Por eso estoy tratando de preguntarlo, para hacer lo que parezca menos arriesgado.

—Pedro, cada vez te entiendo menos. Cuando creo haberte comprendido, sales con otra cosa que me deja peor que al principio. ¿Por qué no dices de una vez lo que piensas hacer?

Callé mirándolo, para al poco responder:

—Según la teoría de la relatividad, es posible viajar en el espacio-tiempo. Y digo que, si la mente puede viajar en el tiempo a lomos de fotones a través de campos y vacíos cuánticos atravesando el espacio-tiempo a la inversa, los 500 años transcurridos que me separan de mi destino no es distancia.

»Que conste que no quiero dar lecciones sobre la física cuántica, entre otras cosas, porque no tengo ni zorra idea, pero sí os digo que con la velocidad que se desplaza el fotón no existe distancia en el tiempo.

—Me gustaría acompañarte con mi cámara fotográfica y plasmar aquellos tiempos de gloria e incertidumbre.

—No se puede ir con nada, Fernando, el viaje se realiza con la mente.

—He dicho que me gustaría, no que quiera ir. Tengo suficiente con lo que ocurre por aquí.

—¿Y quién te ha dicho que la mente puede viajar a la velocidad de la luz en un sentido o en otro?

—Tampoco me han dicho que no.

—Has aprendido bastante de esto, ¿eh, chaval? —opina francés.

—Pero ¿por qué estás empeñado en eso? —insiste de nuevo Luis—. Espero que no estés afectado por un brote sicótico y sea debido a eso tu obstinación. Realmente, ¿sabes cuál es el motivo de tan arriesgado viaje?

—Sí, quiero que Malinalli, sin pretenderlo ni saberlo, haga su propia biografía. Y siendo este el motivo, no me importa hacer un viaje a través de las sombras, ya que voy en busca de la luz.

—Menudo follón, Pedro.

—Y que lo digas, Ernesto.

—¡Chavall! ¿De verdad estás dispuesto a hacer lo que estás diciendo?

—Sí, Francés. Vivimos tiempos mediocres, y por algo que encuentro que vale la pena, por loco que parezca, estoy dispuesto.

—Entonces, si tan decidido lo tienes, ¿de qué teníamos que opinar nosotros?

—Tenéis razón, todavía no os lo he dicho. El tiempo es otra dimensión distinta y es por ella por la que tengo que viajar. Y estoy en duda cómo hacerlo, si por medio de la magia o la inteligencia artificial. Sí, no me miréis así. Ese es el motivo del cónclave. Al principio, pensé en resolverlo lanzando una moneda al aire, pero pensé que una decisión tan importante era mejor tomarla en un concilio entre amigos que jugárselo a un simple cara o cruz.

Tras un instante de silencio, saltó Francés:

—¿Sabéis lo que os digo? Que me voy a tomar un whisky, y además el más añejo. Y sin cubito de hielo.

—¿Y dices que puedes hacer ese viaje imposible de dos maneras, o por la inteligencia artificial o la magia? ¿Es que conoces algún mago?

—Pues sí, conozco un chamán y, además, de alto rango, pero no en España, sino en México, y más concretamente en la mágica ciudad de Catemaco, enclavada en medio de una maravillosa selva tropical y a orillas de un precioso lago alimentado por espectaculares cascadas y que se encuentra no muy lejos de la ciudad de Veracruz.

—Vaya, parece que conozcas aquel entorno.

—Sí, he estado allí. Y más concretamente en un bonito complejo hecho de cabañas de madera al borde del lago, que se llama Nanciyaga, coincidiendo con una reunión de magos, brujos, chamanes, hechiceros y demás fetiches, compuesta por hombres y mujeres.

—O sea, que estás relacionado.

—¿También estás metido en esos trances, Pedro?

—No, Fernando, fue la casualidad y por motivos de curiosidad turística que coincidí con ese congreso de magia blanca y magia negra. Y es en aquel entorno, en el interior de una gruta en la cual hay un cenote, donde querría iniciar mi partida, recorriendo el tiempo, hacia Painala.

—Pues visto así, yo opino una cosa —empezó Luis—: Si crees que de las dos formas puedes ir, yo lo haría a través de la magia.

—Vaya, hay coincidencia con mi buen amigo y gran poeta Eusebio, con el que suelo, de cuando en vez, tomar café, y estando el otro día en ese menester, se lo pregunté, y después de la sorpresa que le provoqué me dijo que, de ir, él lo haría a través de la magia.

—Ya se lo has dicho al laureado de Aldaia; ahora nos lo has dicho a nosotros, y ya solo te falta decírselo a otro insigne poeta y amigo común, a don Washington Daniel.

—Ya se lo he dicho, Luis, en el correo que le envíe la semana pasada.

—¿Y no te ha contestado?

—No lo sé. Es posible. Tengo el ordenador estropeado y me lo están arreglando. Mañana, a lo sumo pasado, lo sabré.

—Bien, pues sigo opinando lo mismo. Yo optaría por viajar sirviéndome de la magia, la considero menos peligrosa que IA.

—Yo apunto en la misma dirección. Pero cerciérate bien, Pedro, yo no lo haría —me advirtió sonriendo Fernando.

—Yo me apunto a la mayoría, pero, como dice Fernando, asegúrate bien y lleva cuidado —opina Ernesto.

Miré a Francés, era el único que faltaba. Me sonrió y respondió:

—¿Qué quieres que te diga, Pedro? Yo no iría, pero si lo tienes tan decidido, opino también que la magia es la menos peligrosa. Pero eso no quiere decir que no lo sea.

—Francés, como he dicho antes, vivimos tiempos mediocres, y, para mí, esta es la ocasión para una gran reivindicación. Malinalli se lo merece.

—¿Y tus hijos qué te han dicho? —pregunta curioso Fernando.

—Ni a mis hijos ni a mis nietos les he dicho nada.

—¿Por qué?

—Porque no me dejarían.

—¿Entonces te vas a México?

—¡Sí! Vuelvo a México, directamente a la Villa Rica de la Vera Cruz, y de ahí, a Catemaco en autobús.

—Si tan convencido estás, no hablemos más y pongámonos en marcha para comer.

—Lo que tú digas Luis, lo que tú digas —decimos todos a coro al tiempo que nos reímos.

Al levantarme, me giré y contemplé la fachada. «Churrería Las Chimeneas», leí, y me pregunté si la volvería a ver.

CAPÍTULO II

INVOCANDO LO IMPOSIBLE

Ya estaba en México, y tras cuatro horas de autobús, llegué de Veracruz a Catemaco, conocida como la Ciudad de los Brujos, y donde Mateo ya me estaba esperando. Enseguida nos conocimos por llevar yo, según habíamos acordado, la chaqueta sujeta con la mano y echada sobre mi hombro. Apenas llevaba equipaje.

—¿Pedro?

—¿Mateo?

Nos saludamos estrechándonos las manos.

—¿Vamos al hotel o prefieres que hablemos?

—Prefiero hablar. Estoy impaciente a la vez que inquieto. Ya tendré tiempo de descansar.

—Entonces vayamos a un sitio a orillas del lago, se come bien y te gustará.

Y no se equivocó. La comida fue variada y apetecible. Una vez hubimos terminado, Mateo sugirió:

—¿Quieres que vayamos a tomar unos chupitos en aquel rincón casi encima del lago? Estaremos más tranquilos, pudiendo seguir hablando y esta vez más en serio.

La conversación fue deviniendo más y más interesante, tanto, que se hizo tarde y decidimos dejarla para el día siguiente en su teatro de operaciones, como buen chamán que era, dejándome así en el hotel, quedando a las ocho de la mañana.

Era un sol precioso como el que siempre amanece en Catemaco. Sus rayos recién despertados se reflejaban lucientes en las tranquilas aguas del lago. Tenía tiempo, aún faltaba un buen rato para las ocho, por lo que decidí dar un paseo bordeando su ribera. Fue una caminata entretenida, mis ojos disfrutando con lo que contemplaban y mi mente entretenida analizando la interesante conversación de ayer, no poniendo en duda que la de hoy sería más efectiva.

Dando las ocho en el campanario de una iglesia cercana, estaba de vuelta en el hotel coincidiendo con la llegada de Mateo, sonriéndonos al vernos y darnos los buenos días.

—¿Desayunamos? —le pregunto.

—Sí, pero no aquí —me responde.

Mientras íbamos al lugar por él elegido para desayunar, me preguntó:

—¿No sientes curiosidad por ver las muchas maravillas de Catemaco?

—Lo único que ahora me inquieta y me interesa es lo que me ha traído aquí. Ya las vi y las admiré hace unos años en compañía de mi señora, cumpliendo las obligaciones del turista.

Tras desayunar y un poco parlotear, era antes de media mañana cuando entramos en su lugar de trabajo. El ambiente que se respiraba en la estancia no era de penumbra, pero sí de relativa oscuridad. Cuatro vasitos con una temblona llama amarilla situados sobre una repisa sujeta a la pared iluminaban la imagen de una virgen de vivos colores y hermoso rostro pintada sobre un retablo parecían dar una extraña sensación al combinarse con las tinieblas.

—Si el ambiente te incomoda, podemos darle mayor claridad —dice Mateo pareciendo querer disculpar.

—No, en absoluto —le respondo—. Como muchos dicen, «cada maestrillo tiene su librillo».

—Y es un dicho no falto de razón. En este entorno, las palabras tienen otro sonido y su asimilación es más profunda y directa al no haber nada que las entretenga.

—Profundidad va a ser lo que van a necesitar —observé.

—Tomemos asiento en la mesa y comencemos a dialogar, y según vayamos diciendo, veremos qué actitud debemos tomar.

—Me parece bien —dije—. Ya va siendo hora de que empecemos a concretar.

—Volviendo a las palabras que decíamos ayer —empezó el hechicero pareciendo obviar lo que acababa de decirle—, me sorprende que quieras emprender un viaje en el tiempo tan riesgoso únicamente para conocer a la Malinche, perdón, a Malinalli; pero, si es tu deseo, ¿puedes detallar, cronológicamente, el itinerario que quieres seguir?

Por fin entrábamos en el tema, pensé, por lo que, sin titubear, le empiezo a decir:

—Primero quiero ver el origen de Painala, pueblo donde nació Malinalli; después, quiénes fueron sus padres; a continuación, su nacimiento y niñez hasta su encuentro con Hernán Cortés, para, acto seguido, saber cómo logró las alianzas con los pueblos que estaban bajo la opresión y el dominio del Imperio azteca, para acabar viendo cómo fue la toma de Tenochtitlan.

—¿Nada más? —preguntó el chamán pareciendo sorprendido.

—Pues no, nada más..., aunque quizás su inicio como ciudadana española.

—¿Qué quieres decir, que la Malinche, perdón, Malinalli, fue española? —preguntó con la sorpresa reflejada en su rostro.

—¡Por supuesto que fue española! —le aseveré sonriendo—. Vivió en España, bueno, en la Nueva; se casó con un español; tuvo dos hijos españoles y tras 300 años siendo española, fue adoptada por México, por lo que el significado que se le da a la palabra *malincheismo* no tiene ningún sentido. Y menos todavía el calificativo que se le da de traidora, que es vejatorio y embustero.

Tras unos instantes de silencio, que Mateo consideró necesario para asimilar mis palabras, reaccionó diciendo:

—Bien, esto último no es lo que importa ahora. Para el itinerario que me has dicho, ¿cuánto tiempo crees que te llevará asistir a todos esos momentos?

Titubeé para decir:

—Siete, ocho... diez días, quince a lo sumo.

—¿En tan poco tiempo vas a ser capaz de contemplar toda una vida?

—Quiero ver únicamente lo importante. No quiero inmiscuirme en intimidades ni tampoco asistir a tiempos muertos en lo que nada acontece. Es decir, quiero contemplar esa vida como si se tratara de un reportaje cinematográfico, pero en real. Aunque, ¿tan importante es el tiempo que pueda estar allí?

—Piensa que durante ese tiempo tu cuerpo estará quieto, inerte, por lo que te debo proveer de la suficiente energía para que tu vida no corra peligro alguno.

—¿Debo preocuparme?

—No debes sentir miedo ninguno, Pedro. Nadie va a entrar en tu cuerpo, es tu espíritu el que va a salir de él.

—¿Mi espíritu? ¿No es mi mente la que va a viajar en el tiempo?

—Había muchas dudas en mi pregunta.

—He estado meditando mucho desde que me lo dijiste y he llegado a la conclusión que no es tu mente la que se va a desplazar en el tiempo, sino tu espíritu.

—Estás empezando a hacerme temblar antes de empezar. ¿No es cierto que cuando el espíritu abandona el cuerpo, este muere?

—Es al revés, pero, de todas formas, no es este el caso. Aquí, siguiendo un deseo justificado para un buen fin, el espíritu dotado de inteligencia, no en vano se aloja en las células cerebrales parte por un tiempo determinado, durante el cual tu cuerpo queda inerte y esperanzado en que su espíritu va a volver, pues si no ocurriera, significaría su muerte o, lo que es peor, la ausencia de su inteligencia.

—Y pensar que creí que la IA era más peligrosa —comenté socarronamente.

El hechicero sonrió tratando de tranquilizarme diciendo:

—Pedro, antes de tomar ninguna decisión vamos a hacer una prueba, y cuando veamos los resultados, decidiremos.

—De acuerdo, en ti confío, sabes lo que tienes que hacer, pero no me digas nada más del más allá y del más acá salvo que sea necesario.

—Tu testimonio de fe es impresionante, espero saber estar a la altura. Ahora tiéndete en el diván y no pienses en otra cosa que a dónde quieres ir y para qué.

—Confío en ti —no pude evitar repetir—. Tú tienes el poder.

—No te confundas, Pedro, eres tú el que lo tienes, pues vas a ser tú quien va a emprender el viaje, yo únicamente te voy a abrir la puerta. Y ahora debes dejar de hablar y escuchar nada más, haciendo caso de cuanto te diga.

Tras quedar un momento callado, continuó:

—Cierra los ojos hasta fundirte con la oscuridad y, cuando creas que lo has conseguido, empieza a rezar a dónde quieres llegar, con quién te quieres encontrar y los hechos ya ocurridos que quieres contemplar. Hazlo con obstinación y te sorprenderás de la fuerza de tus deseos a través del pensamiento, pues el cerebro es tan amplio como el firmamento.

—Así —susurró mientras acariciaba el dorso de mi mano transmitiéndome tranquilidad—. Ahora tienes que imaginar tu espíritu abandonando tu cuerpo.

No sé si lo logré hacer, pues de repente el consciente me abandonó para, después de hacerme sentir una sensación brusca, despertarme. Abrí los ojos al tiempo que sentía la presión de las manos de Mateo agitando suavemente mi cuerpo, al tiempo que me decía:

—Tranquilo, Pedro, tranquilo, no pasa nada.

—¡Joder!! ¿Te lo puedes creer? Tanto me he concentrado que me ha parecido sentir como si me llamaran.

—Esa es muy buena señal. Evidencia que vamos por el buen camino —dijo con aire satisfecho el chamán.

—¿Era necesaria esta prueba?

—La consideré conveniente. Aunque varias veces he ido y hablado con seres que ya no están en este mundo, nunca me he re-

montado tanto en el tiempo y menos queriendo contemplar amplios sucesos. Nunca me he sentido con motivos para hacerlo.

—Yo sí los tengo. ¿Crees que lo podremos lograr?

—No me cabe ninguna duda. Solo hay que acertar dónde va a parar el tiempo, que no para de transcurrir ante nosotros. Y estoy convencido que te van a aceptar. Eso es lo que significa la señal que has recibido. Ahora, vamos a centrarnos en la calma yendo a comer, para después, al principio de la tarde, emprender el camino. No es que esté muy lejos donde vamos, pero sí está un tanto alejado, debiendo llegar no más tarde del atardecer, pues habrá un momento que tendremos que abandonar el coche para llegar a nuestro destino caminando, ya que se encuentra en plena selva, como a ti te gusta.

Subiendo al coche, me preguntó:

—¿Y por qué tanto escribir, Pedro?

Me mantuve callado, para, una vez abrochado el cinturón de seguridad, responder:

—Pues porque cuando me pongo a hacerlo me libero hasta de mí, que es mi carga más pesada, querido Mateo.

Prácticamente recién comidos, nos pusimos en camino no a mucha velocidad, pues la carretera era un tanto estrecha y sinuosa. El entorno por el que discurría era de un verdor vivo y precioso, aunque peligroso, pues a veces se bordeaban verdaderos precipicios.

Hubo un momento en que Mateo se puso a hablar en un tono como si lo hiciera consigo mismo, lo que obligó a dividir mi atención entre lo que contemplaba y lo que él me decía:

—Cuando lleguemos al lugar del acontecimiento, todo estará dispuesto. Alguien de mi absoluta confianza ya está allí haciéndolo.

—¿Quieres decir que en el acto seremos más de dos?

—Es necesario. Tu cuerpo va a estar indefenso y no podemos dejar de vigilarlo, sobre todo cuando llegue el momento que indiques que quieres volver.

—Eso no sé cómo lo haré.

—No te preocupes, todo está previsto.

Guardé silencio mientras pensaba: «¡Joder que no estaba lejos! Si llega a estarlo...».

Tras adelantar a un carro tirado por un burro cuya fuerza parecía venirle justa para vencer la empinada cuesta, Mateo reanudó la charla:

—El sitio al que vamos te gustará, es como tú quieres, una cueva en cuyo interior hay un cenote. Es mi lugar preferido para casos especiales. Me resulta curioso que lo hayas intuido.

Sin quererlo y ni pensarlo, puse de nuevo en duda si no me equivoqué al rechazar la inteligencia artificial. Me prometí no volverlo a pensar. Unas pocas casas con apariencia de aldea aparecieron de repente. Sentí curiosidad por saber cómo se llamaba, pero pasé de preguntar.

—Ya hemos llegado hasta donde lo podemos hacer con el coche. Ahora tenemos que ir andando.

La senda que encaramos era en su principio empinada para, tras mucho retorcerse, convertirse en bajada, permitiendo una visión maravillosa. Todo lo que hasta ahora había estado oculto aparecía de repente al descubierto.

Ya empezaba a declinar la tarde. Un sol, buscando ya dónde esconderse, provocaba con su luz un manto rojo que parecía sostener las nubes. Las hojas, con sus movimientos, daban la sensación de estar arañando el aire. Miré hacia abajo contemplando aquella especie de olla maravillosa.

—¡Ahí tienes tu cueva! —me anunció Mateo.

—Y también a Prudencio —volvió a añadir cuando ya estábamos casi llegando.

La indumentaria o atavío del tal Prudencio, que estaba viniendo hacia nosotros, resultaba, al menos a mi parecer, un tanto curiosa. Me recordaba a los danzantes que tantas veces había visto bailar en el Zócalo de la ciudad de México, esas danzas tan evocadoras que tanto me gustaba contemplar.

Una vez llegó a nuestra altura, Mateo me lo presentó diciendo:

—Pedro, este es Prudencio, mi mejor ayudante.

Tras los consabidos apretones de manos y los mucho gusto en conocerse, Mateo quiso saber:

—¿Ya está todo preparado?

—Todito, señor —le responde el tal Prudencio.

—Vayamos entonces —dijo enfilando directamente a la entrada de la cueva. Un burro en libertad estaba mordisqueando y rumiando en sus proximidades.

—Era mucha la carga que había que traer —dijo Prudencio como justificando su presencia.

Entramos en la gruta. Unas teas encendidas se empeñaban en disminuir la penumbra, haciendo visible su interior. Casi en el fondo se reflejaban las llamas sobre la superficie quieta del agua.

—Pedro, ahí tienes el cenote —me lanza Mateo con una voz de orgullo complaciente.

Me acerqué e introduje la mano; el agua no estaba tan fría. Viéndome tan interesado, Mateo me dice:

—En tanto observas el recinto y llegas a la unión de tus deseos y pensamientos, voy a adecuarme para la ocasión. Son muchas las cosas que hay que pedir e invocar, por lo que hay que estar presente con la vestimenta y ornato que la situación requiere —dijo dando media vuelta y alejándose.

Mientras Mateo se iba a colocarse su indumentaria, el tal Prudencio se entretenía acicalando un rincón en el que pronto aparecieron una docena de temblonas y amarillas llamas que dejaron ver apoyada en la dura roca que hacía de pared una recia cruz de considerable tamaño y grosor, en la que una suave tela roja estaba anudado en ella. Se me antojó una forma o pretensión de acogerse a sagrado. No me terminaban de convencer esos ornamentos, pero no era el momento más oportuno para una discusión. Y menos ahora, en que Mateo volvía. Su aspecto era distinto. Más que a un chamán, se asemejaba a un sacerdote, aunque el color de su sotana era más morado que negro. De su cuello colgaba una cadena dorada de la que pendía un triángulo de cristal con sus cantos también dorados, estando su cabeza cubierta con algo que asemejaba a un

bonete. Su rostro seguía siendo el mismo. Llegado a mi altura, me sorprendió diciendo:

—Pedro, todo está dispuesto a la espera que tú decidas el momento de dar comienzo.

—¿Yo? —exclamo sorprendido.

—Sí, tú —me confirma convencido.

—Pero... algo tendremos que hablar antes de empezar. Por ejemplo, si mi espíritu va a estar diez o quince días ausente, ¿cómo va a subsistir mi cuerpo?

—No es eso lo que te tiene que preocupar Pedro, eso corre de mi cuenta. Tengo mis conocimientos para poder alimentar cuerpos vivos e inconscientes.

Decidí hacerle caso y, sin saber si me encomendaba a Dios o al diablo, le dije:

—De acuerdo, hace tiempo que estoy decidido y es a eso a lo que hemos venido. Tú me dirás qué debo hacer.

—Primero, dónde quieres yacer durante el tiempo que dure lo que quieres hacer, si sobre el agua o en tierra firme.

Me quedé sorprendido ante la pregunta. ¿Quién era yo para decidir dónde quería dormir en semejante situación? Por lo que, resuelto, respondí:

—Aunque te lo agradezco, creo que en esta ocasión mi opinión no importa, por lo que me supedito a dormir en el lugar que creas más apropiado para cumplir tu función —dije en un tono desenfadado y casi burlón.

Me miró sonriendo, obviando la entonación de mi observación, para decir a continuación:

—Te comprendo, y una cosa que te recomiendo es que estés confiado y tranquilo, pues eso va a ser lo más importante para el éxito de esta extraordinaria acción que vamos a emprender.

»Sobre estas cuatro piedras colocaremos la tabla —anunció el tiempo que lo hacía ayudado por Prudencio— y sobre de ella la esponja y esta manta. Y ahora tú te tiendes encima, dejándote entre-

abierta la camisa. Pero antes bebe este vaso. Contiene un brebaje que te ayudará cuando te hayas ido.

Le hice caso, lo bebí y me tendí. Giré la cabeza y admiré la cruz semiiluminada por la amarillenta y temblona luz, encomendándome a ella para de pronto decir:

—Ahora que pienso, cuando quiera volver, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—¡Desearlo fervientemente! —me ordena imperativo—. Lo demás es a nosotros a quien nos compete. Ahora, Pedro, extiende tus brazos pegados a tu cuerpo con las palmas de las manos abiertas hacia arriba y tu cabeza bien sentada manteniendo la mirada fija en el techo. Toma mi mano derecha con la tuya, y con la izquierda la de Prudencio. Así, correcto. Y ahora tú, Prudencio, dame tu otra mano y pongámoslas unidas sobre el pecho de Pedro.

Hecho esto, me pareció que Mateo estaba rezando por el suave movimiento de sus labios. De repente quedó quieto, como pensando, para enseguida, con una voz que parecía salir de lo más profundo de sus adentros, decirme:

—Pedro, como ya sabes hacer, cierra tus ojos tan profundamente que consigas fundirte con la oscuridad. Cuando creas que lo has conseguido, empieza a hablar y a contar para tus adentros y muy despacio el punto exacto y el año al que quieres llegar, y, sobre todo, describe la persona y el entorno con el que te quieres encontrar.

»Sí, así, mantén los ojos cerrados y respira con tranquilidad. Piensa, piensa, y disponte a asistir a momentos en los que, por muy importantes que sean, no podrás intervenir, pues por mucho que lo intentes, a pesar de verlos tú, para ellos tú estarás ausente y, por mucho que grites, no te podrán escuchar. Sí, muy bien, así...

Y eso fue lo último que escuché, no sé si porque me dormí o me ausenté, hasta que:

—¡¡Oh, Dios mío!! ¡¿Qué me ocurre?! Siento un ansia atroz de vomitar. Intento llevar mis manos al estómago, pero... ¡Oh, Dios! No tengo manos. ¿Seré ya un espíritu?